Los orígenes del fascismo en España

Al igual que otros muchos temas fundamentales de nuestra historia contemporánea, el fascismo español puede ser considerado como fenómeno escasamente clarificado por la producción historiográfica actual; es posible que los riesgos de distorsión política en temas como el presente hayan podido explicar la falta de una investigación adecuada. Lo cierto es que descontado el tremendo arsenal de la literatura apologética, de escasa utilidad, poco más cabría señalar que las obras de Payne, Nellessen, García Venero, Velarde, Alvarez Puga, Southworth, Luis Mayor y Rudel.

En este contexto acaba de aparecer un breve estudio del profesor Pastor sobre el tema de los orígenes del fascismo español, que, por diversas razones, nos parece de gran interés (1). Libro modesto, dentro del plano de la historia ideológica y centrado en el estudio de Giménez Caballero, Albiñana y Ledesma, pone de manifiesto, sin embargo, un conocimiento riguroso del marco teórico y general del estudio del fascismo, y a través del mismo adquiere pleno sentido la definitiva aclaración sobre el carácter fascista de los autores estudiados. Además, el trabajo comentado anota interesantes sugerencias sobre aspectos más generales del fascismo español, cuyo examen va más allá de la pretensión del estudio.

Comienza el autor por recortar el panorama del fascismo español, excluyendo del mismo a movimientos conservadores, tales como las Juventudes Mauristas, la Unión Patriótica o el mismo conjunto de la dictadura primorriverista. Concretamente y por lo que hace a la Dictadura, es tajante el autor en la negación de un carácter fascista cuyo único fundamento sería su nacionalismo; como recuerda el autor, el «error Primo», señalado por el profesor Morodo, es precisamente la falta de decisión para crear una nueva legalidad, propósito no realizado en función de la ausencia de una ideología totalitaria y una movilización de masas incompatibles con el talante conservador y antidemocrático, pero no antiliberal que tan claramente expresa el general Primo de Rivera. En este sentido, el autor estima más próximo al modelo fascista la posición de los sindicatos libres, algunos de cuyos rasgos más filo-fascistas subraya.

La primera manifestación abierta de fascismo español la concreta el autor en la palabra y la obra de Ernesto Giménez Caballero; su voluntarismo y su nacionalismo radical y antidemocrático son rasgos destacados por el profesor Pastor; la importancia de los elementos estéticos, la preocupación ideológica antes que práctica y la defensa del casticismo, resistente a la identificación como tales de los primeros fascistas españoles, son aspectos que trascienden de la propia personalidad de Giménez Caballero para poder ser presentados a más amplio nivel.

La preocupación imperialista, antimarxista por encima de antidemocrática, y la utilización de una demagogia seudoizquierdista, dan la imagen de Albiñana y su Partido Nacionalista más arraigado en la lucha cotidiana que en la literatura fascista de Giménez Caballero. Ledesma Ramos, del que destaca el autor su panestatismo, nacionalismo expansivo, antimarxismo, corporativismo económico y defensa de la organización paramilitar, sería la síntesis de las dos orientaciones anteriores (literatura y acción) y la manifestación más acabada de un programa fascista.

Consideramos más discutible la influencia subrayada por el autor de Maeztu, Cambó y Ortega en los primeros fascistas españoles. Quizá sólo Maeztu, al que por cierto, el autor califica equivocadamente de representante de una burguesía vasca, del mismo modo que puede serlo Cambó y Ortega de la catalana o castellana, puede tener esta influencia de orientación fascista indicada. No así Cambó, al que el autor parece enjuiciar a través de la distorsionada imagen política que de él ofrece en sus escritos la aguda a la vez que «politizada» pluma de Joaquín Maurín. Por lo que hace a Ortega, el tema es complejo, y aunque las palabras del autor son ponderadas, quizá tiendan a subrayar una influencia en línea pro-fascista susceptible de mayor matización. No se hace mención, sin embargo, y quizá pudiese haber sido conveniente la referencia, al papel de Costa y el costismo político regeneracionista (Mallada, Silió, Isern, etcétera) en la creación de un clima prefascista, así como su posible incidencia en la configuración de los rasgos peculiares del fascismo en España, tema éste estudiado hace algún tiempo por el profesor Tierno Galván.

Termina por último Manuel Pastor en sus conclusiones elaborando unos rasgos típicos de este primer fascismo español, que subrayan la exactitud del carácter fascista de esta corriente por encima de otras singularidades. En definitiva, un estudio claro y valioso, también breve y necesitado de un desarrollo posterior, sobre un tema poco trabajado. Por otro lado, puede tener interés subrayar que este trabajo, realizado por un profesor de ciencia política española en conexión a una labor de investigación realizada en la Universidad de Madrid, es otra manifestación de la tendencia creciente de nuestra Universidad a dar acceso al estudio de temas ligados a nuestro pasado político inmediato, hasta no hace mucho de algún modo marginados de aquélla. Lógicamente, sin caer en supravaloraciones de una Universidad acosada por problemas en lo sustancial no creados por ella, hay que estimar el hecho en su conjunto como esperanzador. ■ **ANDRES LATORRE.**

(1) Tucar Ediciones. Madrid, 1975. 134 páginas.

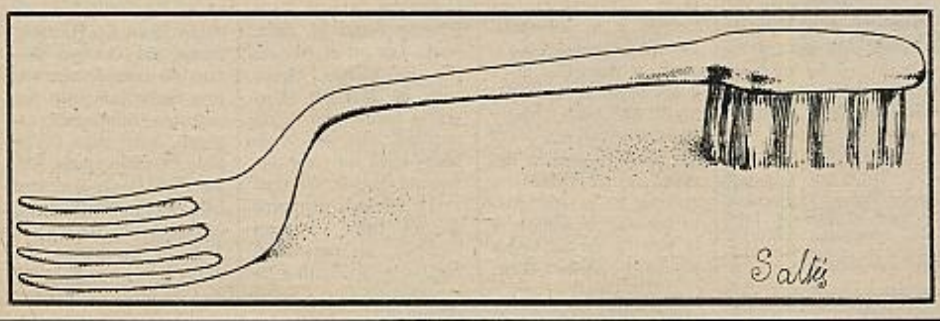
Cartas de amor de Pablo Neruda

Ediciones Rodas ha editado una colección de cartas de amor de Pablo Neruda —en facsímile— a la que fuera inspiradora de muchos de sus poemas, desde «Crepusculario» hasta la primera «Residencia en la Tierra». El nombre auténtico de esta mujer, aunque el poeta le diera muchos y muy diversos en sus poemas y en sus cartas, se mantuvo en secreto hasta la muerte de Neruda, que siempre guardó el misterio en torno a ella. Se trata de Albertina Azócar Soto, a quien Neruda conoció en Chile en 1921, en sus años de estudiante y bohemio, y con quien mantuvo relaciones epistolares de las que quedan constancia hasta casi 1936. Albertina Azócar —Albertina Rosa, la llamaba— se casó con otro poeta, amigo de Neruda: Angel Cruchaga Santamaría, y la gran pasión quedó convertida en amor romántico y lejano.

El libro tiene un triple interés. En primer lugar, desvela un enigma de la vida del poeta chileno y nos permite hacer conjeturas sobre el porqué de su cambio de estilo —acaecido más o menos en el inicio de la guerra de España—, que se vuelve de pronto, más duro e impenetrable, más amargo, cuando su amor se acaba o se vuelve irrealizable físicamente. Es, además, interesante seguir, en el facsímile de las cartas, que contienen varios poemas, el proceso creativo de Neruda, la forma de componer, tachar y reconstruir sus versos a medida que escribe. Y, por último, está la muy interesante introducción de Sergio Fernández Larraín, escritor y bibliófilo chileno; en ella narra los años jóvenes de Neruda y pinta un cuadro de su época en Chile y fuera de él.

Pablo Neruda, guste o no su poesía, es —junto con Nicanor Parra y Vicente Huidobro— el más interesante poeta americano de este siglo. Amó a su pueblo y —cosa extraña, tratán-

Pablo Neruda.



SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES S.A.

Juan DelVal
El animismo y el pensamiento infantil

J. Halliday y G. McCormack
El nuevo imperialismo japonés

Arthur M. Hocart
Mito, ritual y costumbre
(Ensayos heterodoxos)

Roland Barthes
El placer del texto

Peter Janke
Mendizábal y la instauración de la monarquía constitucional en España (1790-1853)

Christian Palloix
Las firmas multinacionales y el proceso de internacionalización

ESTUDIOS DE HISTORIA CONTEMPORANEA

Jacques Maurice
La reforma agraria en España en el siglo XX (1900-1936)

XXI **Emilio Rubín, 7**
Telf. 2000978
Madrid-33 España

dose de un poeta de difícil comprensión— fue amado por él. Su vida, su poesía y hasta su muerte están íntimamente ligadas a Chile. En este libro se ven claramente el porqué y el cómo de esta ligazón; no se trata de un vano rebuscar en la vida íntima de un hombre público, sino en una explicación, apoyada en documentos, de su obra y de su momento histórico. ■ **EDUARDO HARO IBARS.**

El ejército de Melville una noche el río pasó

Sobre todas las consideraciones, he aquí un Moderno (1). No menos que Rimbaud. Por eso es bandera. Tan calcinada como la que Breton adjudicara al vuelo de Artaud. Tan bella y sin fronteras.

Nadie ha llegado en la literatura norteamericana (y muy pocos en otras; habría que hablar de Nerval, de Quevedo, de Hölderlin, de ese jugador a cara o cruz que es Dostoievski) más allá. Quizá algún momento del último Pound, en la crispación de sus ojos de exiliado. Alguna página abisal de Poe. Faulkner iría por otro lado. Scott Fitzgerald es polvo de estrellas, el más desesperado del siglo.

Herman Melville nació en Nueva York, el 1 de agosto de 1819, hijo de una familia acomodada. A los once años se trasladan a Albany, donde comienza a escribir en el periódico local de Lansinbourgh. Atravesó la juventud como en un duelo de legendarios pistoleros. En 1841, rotos todos los sueños, se hace a la mar, en New Bedford, a bordo del «Acushnet», un ballenero que él inmortalizaría bajo el nombre de «Pequod». Hasta octubre de 1843 llevará la vida de oro de los irredentos. A su regreso a Norteamérica empieza a escribir:

Typee, Omoo, suma de sus aventuras en las Marquesas y Tahití; **Mardi, Redburn. Y White Jacket,** violento y misterioso, donde se abre la flor carnívora del primer Melville. Después, un día, una pequeña historia de sus aventuras en los balleneros termina por devorarlo. Y nace **Moby Dick,** apadrinada por Shakespeare y la desesperación. El libro fue terminado muy rápidamente —un año (Melville contaba treinta y uno)— y publicado en el año 1851, en Londres, constituyendo un fracaso comercial. Después escribe **Pierre,** donde comienza a cristalizarse el delirio; **Bartleby** (su primera entrega, a cinco dólares por página, al «Putnam's Monthly Magazine»), el resto de las series Putnam's y Harper's, **Las encantadas,** el impenetrable **Benito Cereno, The Confidence Man...** A los treinta y seis años abandona la literatura. Ya no hará sino conferencias, los capítulos de **Battle-Pieces and Aspects of The War,** sobre la de Secesión, y el blanco muro del Silencio. Un triste empleado de Aduanas por espacio de treinta años. Un desconocido. Algunos poemas testimonian la tela de araña de la soledad. Byron llegó a ser su retrato. Melville conquistó la cristalería despedazada de **Bartleby.** Poco antes de morir vuelve a la literatura, como quien vuelve a un viejo y borroso amor ya perfectamente madurado por el tiempo, encajado. Y escribe su obra más serena, más orgullosa, «arisca, vil y bella»: **Billy Bud,** cuyo manuscrito terminó de corregir cinco meses antes de su muerte, en 1891, y que no se publicaría hasta 1924.

Y bien. Ahí está **Moby Dick.** Atravesando el tiempo y la memoria. Desapareceremos nosotros y nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Ahí estará **Moby Dick.** Consagrada —como diría Blanchot del autor y su obra— y atraída hacia ese punto en que se somete a la prueba de su imposibilidad. **Moby Dick:** ¿Un drama épico y simbólico acerca del destino? ¿Una epopeya de muerte y venganza? ¿La destrucción del sueño americano? ¿La creación, más allá de todos los límites, de una nueva mitología? ¿El sexo que vio D. H. Lawrence? ¿Una maravillosa novela sobre el mar? ¿La puerta por la que todas las herencias —desde Homero a la rendición del general Lee— desembocan en el vacío? ¿El «silencioso ser del símbolo» que aseguraba Mann?

Más que todo eso. Con palabras del propio Melville: **«This incomprehensible world of ours».** El **Orden** y el **Desafío.**

Nada queda fuera de este texto incendiado. Es todas las obras posibles. Desde el Manual clasificatorio de cetáceos a la luz indescifrable de la blancura de la ballena (la misma luz que vio Poe en **Arthur Gordon Pym** y que lo cegó), todos los viajes de Sindbad (que también desembocan en «un mundo blanco como la plata, cuya grandeza nadie sabe sino **El** y lo ha poblado de ángeles, cuya comida y cuya bebida son Su alabanza»), el sueño de **Pierre** luchando con sus muñones en el Encelado, el silencio atroz de **Billy Bud,** el estertor de **Bartleby.** Están incluidos Alfred Jarry y la Revolución de Octubre, Giap y la última noche de Marcel Proust.

Orden y Desafío. El estremecimiento de la inmediata sensación de existencia —como asegura Blücker—. Ese abismo de donde brotan sus visiones, los signos de una experiencia sin red como el Infierno.

La historia del capitán Ahab y su persecución de la ballena Blanca, el torbellino de muerte y de luz donde se destroza, la calma infinita del Océano, indiferente como el cielo. Nada tan en el filo como esa lucidez espantosa de Melville. Muy pocos textos con la capacidad abrasadora de **Moby Dick,** su viaje alucinante, capaz de convertir los ojos primeros de un niño ya para siempre al **esplendor,** como nos arrebató a todos cuantos hemos navegado con ese ballenero fantasmal y ese «ténébreux, veuf, inconsolé» capitán. «Le Prince d'Arquitaine à la Tour abolie» más radiante de la literatura moderna.

El largo viaje del «Pequod» hacia su destrucción es nuestro viaje. El juramento de Ahab en su cubierta: **«Jurad vosotros que vais en la proa de la ballenera de la muerte: ¡Muera Moby Dick!»,** nuestro juramento. Esa bandera de inteligencia y de alegría —como la que se ve por encima de los combates— que asegura para siempre nuestra vida. Y la esperanza de que pase lo que pase, somos radiantes e indestructibles. ■ **JOSE MARIA ALVAREZ.**

(1) Herman Melville: **«Moby Dick».** Traducción de Julio C. Acerete. Edición completa. Editorial Bruguera, Colección «Joyas Literarias».

DISCOS

Stealer's Wheel: La amargura va por dentro

Una de las pequeñas decepciones de 1974 ha sido la aparente desaparición de Stealer's Wheel, que tienen a su crédito dos de los más interesantes LPs aparecidos en 1973. A principios del pasado año hubo anuncios de que ellos mismos se ocuparían de la producción del tercer álbum, vagas promesas de actuaciones... y nada más se ha vuelto a saber de Gerry Rafferty y Joe Egan.

Pero empecemos por las raíces. Rafferty era figura conocida en los clubs de «folk» por su estancia en los Humblebums, un curioso dúo que se complementaba con Billy Connolly, un cáustico humorista escocés. Sólo uno («The New Humblebums», Belter 70.012) de los tres LPs que grabaron ha aparecido en España. Tras la disolución del dúo, Rafferty lanzó